



UNIVERSITÄTS-  
BIBLIOTHEK  
PADERBORN

## **Universitätsbibliothek Paderborn**

### **El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha**

**Cervantes Saavedra, Miguel de**

**Madrid, 1850**

Capitulo LXII. Que trata de la aventura de la cabeza encantada con otras niñerías, que no pueden dejar de contarse.

[urn:nbn:de:hbz:466:1-48459](https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:hbz:466:1-48459)



## CAPITULO LXII.

Que trata de la aventura de la cabeza encantada con otras niñerías, que no pueden dejar de contarse.



Don Antonio Moreno se llamaba el huésped de don Quijote, caballero rico y discreto, y amigo de holgarse á lo honesto y afable, el cual viendo en su casa á don Quijote, andaba buscando modos como sin su perjuicio sacase á plaza sus locuras, porque no son burlas las que duelen, ni hay pasatiempo que valgan, si son con daño de tercero. Lo primero que hizo fue hacer desarmar á don Quijote, y sacarle á vistas con aquel su estrecho y acamuzado vestido (como ya otras veces le hemos descrito y pintado) á un balcon que salia á una calle de las mas principales de la ciudad, á vista de las gentes y de los muchachos, que como á mona le miraban. Corrieron de nuevo delante dél los de las libreas, como si para él solo no para alegrar aquel festivo dia, se las hubieran puesto, y Sancho estaba contentisimo por parecerle que se había hallado sin saber como ni como no, otras bodas de Camacho, otra casa como la de don Diego de Miranda, y otro castillo como el del duque. Comieron aquel dia con don Antonio algunos de sus amigos, honrando todos y tratando á don Quijote como á caballero andante, de lo cual hueco y pomposo no cabia en sí de contento. Los donaires de Sancho fueron tantos, que de su boca andaban como colgados todos los criados de casa y todos cuantos le oian. Estando á la mesa, dijo don Antonio á Sancho, acá tenemos noticia, buen Sancho, que sois tan amigo de manjar blanco y albondiguillas, que si os sobran las guardais en el seno para el otro dia (1).

No señor, no es así, respondió Sancho, porque tengo mas de limpio que de goloso; y mi señor don Quijote, que está delante, sabe bien que con un puño de bellotas ó de nueces nos solemos pasar entrambos ocho dias: verdad es que si tal vez me sucede que me den la vaquilla, corro con la soguilla: quiero decir, que cómo lo que me dan, y uso de los tiempos como los hallo; y quien quiera que hubiere dicho que yo soy comedor aventajado, y no limpio, téngase por dicho que no acierta, y de otra manera dijera esto, si no mirara á las barbas honradas que estan á la mesa.

Por cierto, dijo don Quijote, que la parsimonia y limpieza con que Sancho come se puede escribir y grabar en láminas de bronce, para que quede en memoria eterna en los siglos venideros. Verdad es que cuando él tiene hambre parece algo tragon

(1) En el cap. XII del D. Quijote de Avellaneda se dice que don Carlos ofreció á Sancho dos docenas de albondiguillas y seis pellas de manjar blanco: comiöse aquellas; de estas cuatro, y las otras dos se las metió en el seno, con intencion de guárdarlas para la mañana. — P.



porque come apriesa y masca á dos carrillos; pero la limpieza siempre la tiene en su punto, y en el tiempo que fue gobernador aprendió á comer á lo melindroso, tanto que comia con tenedor las uvas y aun los granos de la granada.

¡Como! dijo don Antonio, ¿gobernador ha sido Sancho? Si, respondió Sancho, y de una ínsula llamada la Barataria. Diez dias la goberné á pedir de boca: en ellos perdí el sosiego, y aprendí á despreciar todos los gobiernos del mundo: salí huyendo della, caí en una cueva, donde me tuve por muerto, de la cual salí vivo por milagro. Contó don Quijote por menudo todo el suceso del gobierno de Sancho, con que dió gran gusto á los oyentes.

Levantados los manteles, y tomando don Antonio por la mano á don Quijote, se entró con él en un apartado aposento, en el cual no habia otra cosa de adorno que una mesa al parecer de jaspe, que sobre un pie de lo mismo se sostenia, sobre la cual estaba puesta al modo de las cabezas de los emperadores romanos, de los pecnos arriba, una que semejava ser de bronce. Paseóse don Antonio con don Quijote por todo el aposento, rodeando muchas veces la mesa, despues de lo cual dijo: ahora señor don Quijote, que estoy enterado que no nos oye y escucha alguno, y está cerrada la puerta, quiero contar á vuesa merced una de las mas raras aventuras, ó por mejor decir novedades, que imaginarse pueden, con condicion que lo que á vuesa merced dijere lo ha de depositar en los últimos retretes del secreto.

Así lo juro, respondió don Quijote, y aun le echaré una losa encima para mas seguridad: porque quiero que sepa vuesa merced, señor don Antonio (que ya sabia su nombre), que está hablando con quien, aunque tiene oídos para oír, no tiene lengua para hablar: así que con seguridad puede vuesa merced trasladar lo que tiene en su pecho en el mio, y hacer cuenta que lo ha arrojado en los abismos del silencio.

En fe desa promesa, respondió don Antonio, quiero poner á vuesa merced en admiracion con lo que viere y oyere, y darme á mí algun alivio de la pena que me causa no tener con quien comunicar mis secretos, que no son para fiarse de todos.

Suspenso estaba don Quijote, esperando en qué habian de parar tantas prevenciones. En esto tomándole la mano don Antonio, se la paseó por la cabeza de bronce y por toda la mesa, por el pie de jaspe sobre que se sostenia, y luego dijo: esta cabeza, señor don Quijote, ha sido hecha y fabricada por uno de los mayores encantadores y hechiceros que ha tenido el mundo, que creo era polaco de nacion, y discípulo del famoso Escotillo, de quien tantas maravillas se cuentan (1), el cual estuvo aquí en mi casa, y por precio de mil escudos que le dí labró esta cabeza, que tiene propiedad y virtud de responder á cuantas cosas al oído le preguntaren. Guardó rumbos (2), pintó caractéres, observó astros, miró puntos, y finalmente la sacó con la perfeccion que veremos mañana, porque los viernes está muda, y hoy que lo es, nos ha de hacer esperar hasta mañana. En este tiempo podrá vuesa merced prevenirse de lo que querrá

(1) Miguel Escoto ó Escotillo era italiano, natural de Parma y vivia en Flandes en tiempo de Alejandro Farnesio, hijo de doña Margarita de Austria, el cual mandaba los ejércitos de su tío Felipe II en aquellas provincias. Era Escotillo muy dado al estudio de las matemáticas, y en especial al de la Astrologia judiciaria; y así era tenido por encantador y nigromante. Cuentan de él cosas estupendas, como era la de que solia convidar, á algunos á comer, y llegando la hora no habia ni aun lumbre en la cocina: y sin embargo, en sentándose él á la mesa, aparecian en ella varios y esquisitos manjares, traídos por arte de encantamento. Al verlos decia Escotillo: este plato viene de la cocina del rey de Francia; este otro de la del rey de Inglaterra; aquel de la del rey de España; etc.

De otro Miguel Escoto, nigromántico, que los ingleses llaman *Scott* porque dicen que era escocés, que florecia en el siglo xiii, hablan varios escritores entre ellos Bayle; Martín Coccayo en su *Macarronea*; y Gabriel Naudeo en su *Apologia de los hombres grandes acusados de Magia*. Este Escoto fue muy apreciado del emperador Federico II al cual dedicó su *Tratado de la fisonomia* y otras algunas obras. Dante hace mencion de él en el canto XX de *l'Inferno*:

*Quell' altro che ne' fianchi é così poco  
Michele Scotto fu, che veramente  
Delle mágiche frode seppe il giuoco.*

(2) *Rumbo*, dice Covarrubias, es la figura de los cosmógrafos, en forma de estrella, en el cual forman los vientos, y sirve á los marineros con la carta y aguja de marear.—Arr.



preguntar que por experiencia sé que dice verdad en cuanto responde. Admirado quedó don Quijote de la virtud y propiedad de la cabeza, y estuvo por no creer á don Antonio; pero por ver cuan poco tiempo habia para hacer la experiencia, no quiso decirle otra cosa sino que lo agradecia el haberle descubierto tan gran secreto. Salieron del aposento, cerró la puerta don Antonio con llave, y fuéronse á la sala donde los demas caballeros estaban. En este tiempo les habia contado Sancho muchas de las aventuras y sucesos que á su amo habian acontecido.

Aquella tarde sacaron á pasear á don Quijote, no armado, sino de rúa, vestido un balandran (1) de paño leonado, que pudiera hacer sudar en aquel tiempo al mismo hielo. Ordenaron con sus criados que entretuviesen á Sancho de modo que no le dexasen salir de casa. Iba don Quijote, no sobre Rocinante, sino sobre un gran macho de paso llano, y muy bien aderezado. Pusiéronle el balandran, y en las espaldas sin que lo viese le cosieron un pergamino, donde le escribieron con letras grandes: *este*



*es don Quijote de la Mancha.* En comenzando el paseo llevaba el rétulo los ojos de cuantos venian á verle, y como leian: *este es don Quijote de la Mancha,* admirábase don Quijote de ver que cuantos le miraban le nombraban y conocian; y volviéndose á don Antonio, que iba á su lado, le dijo: grande es la prerogativa que encierra en sí la andante caballeria, pues hace conocido y famoso al que la profesa por todos los términos de la tierra; si no, mire vuesa merced, señor don Antonio, que hasta los muchachos desta ciudad sin nunca haberme visto me conocen. Así es, señor don Quijote, respondió don Antonio, que así como el fuego no puede estar escondido y encerrado, la virtud no puede dejar de ser conocida, y la que se alcanza por la profesion de las armas, resplandece y campea sobre todas las otras.

Acaeció pues que yendo don Quijote con el aplauso que se ha dicho, un castellano que leyó el rétulo de las espaldas alzó la voz diciendo: válgate el diablo por don Quijote de la Mancha; como ¿que hasta aquí has llegado sin haberte muerto los infinitos palos que tienes acuestas? Tú eres loco, y si lo fueras á solas y dentro de las puertas de tu locura, fuera menos mal; pero tienes propiedad de volver locos y men-

(1) *Balandran* era una especie de saco, ó sobretodo largo y ancho, con mangas: en el día es traje que usan solo los clérigos dentro de casa. — Arr



tecatos á cuantos te tratan y comunican: si no, mírenlo por estos señores que te acompañan. Vuélvete, mentecato, á tu casa, y mira por tu hacienda, por tu mujer y tus hijos, déjate destas vaciedades, que te carcomen el seso y te desnatan el entendimiento.

Hermano, dijo don Antonio, seguid vuestro camino, y no deis consejos á quien no os los pide. El señor don Quijote de la Mancha es muy cuerdo y nosotros que le acompañamos no somos necios: la virtud se ha de honrar donde quiera que se hallare, y andad enhoramala, y no os metais donde no os llaman. Pardiez vuesa merced tiene razon, respondió el castellano, que aconsejar á este buen hombre es dar coeces contra el aguijon; pero con todo eso me da muy gran lástima que el buen ingenio que dicen que tiene en todas las cosas este mentecato, se le desagüe por la canal de su andante caballeria; y la enhoramala que vuesa merced dijo, sea para mí y para todos mis descendientes, si de hoy mas, aunque viviese mas años que Matusalen, diere consejo á nadie aunque me lo pida. Apartóse el consejero, siguió adelante el paseo; pero fue tanta la priesa que los muchachos y toda la gente tenia leyendo el rétulo, que se le hubo de quitar don Antonio, como que le quitaba otra cosa.

Llegó la noche, volviéronse á casa, hubo sarao (1) de damas; porque la mujer de don Antonio, que era una señora principal y alegre, hermosa y discreta, convidó á otras sus amigas, á que viniesen á honrar á su huésped, y á gustar de sus nunca vistas locuras. Vinieron algunas; cenóse espléndidamente, y comenzóse el sarao casi á las diez de la noche. Entre las damas habia dos de gusto pícaro y burlonas, y con ser muy honestas, eran algo descompuestas por dar lugar que las burlas alegrasen sin enfado. Estas dieron tanta priesa en sacar á danzar á don Quijote, que le molieron, no solo el cuerpo, pero el ánima. Era cosa de ver la figura de don Quijote, largo, tendido, flaco, amarillo, estrecho en el vestido, desairado, y sobre todo no nada lijero. Requebrábanle como á hurto las damiselas, y él tambien como á hurto las desdeñaba; pero viéndose apretar de requiebros, alzó la voz y dijo: *Fugite partes adversæ* (2) dejadme en mi sosiego, pensamientos malvenidos; allá os venid, señoras, con vuestros deseos, que la que es reina de los míos, la sin par Dulcinea del Toboso, no consiente que ningunos otros que los suyos me avasallen y rindan: y diciendo esto se sentó en mitad de la sala en el suelo, molido y quebrantado de tan bailador ejercicio.



Hizo don Antonio que le llevasen en peso á su lecho, y el primero que asió dél fue

(1) *Sarao* era la junta de damas y galanes en una sala para divertirse con música y baile. Los necios, los pedantes y los ridículos arrendajos de todas las cosas francesas han proscrito la voz *Sarao*, queriendo substituir la con la palabra gabacha de *Soirée*. — MARTINEZ DEL ROMERO.

(2) Es una fórmula de exorcismo de que usa la Iglesia, y que despues ha pasado al uso vulgar; ara pmanifestar que se aborrece una persona ó cosa, ó que se la quiere ahuyentar y apartar de sí. — Arr.



Sancho, diciéndole : nora en tal , señor nuestro amo , habeis bailado : ¿pensais que todos los valientes son danzadores , y todos los andantes caballeros bailarines ? Digo que si lo pensais , que estais engañado : hombre hay que se atreverá á matar á un gigante antes que hacer una cabriola : si hubiérades de zapatear , yo supliera vuestra falta , que zapateo como un girifalte ; pero en lo del danzar no doy puntada . Con estas y otras razones dió que reir Sancho á los del sarao , y dió con su amo en la cama , arropándole para que sudase la frialdad de su baile .

Otro dia le pareció á don Antonio ser bien hacer la experiencia de la cabeza encantada , y con don Quijote , Sancho y otros dos amigos , con las dos señoras que habian molido á don Quijote en el baile , que aquella propia noche se habian quedado con la mujer de don Antonio , se encerró en la estancia donde estaba la cabeza . Contóles la propiedad que tenia , encargóles el secreto , y dijoles que aquel era el primer dia , donde se habia de probar la virtud de la tal cabeza encantada (1) y si no eran los dos amigos de don Antonio , ninguna otra persona sabia el busilis del encanto ; y aun si don Antonio no se le hubiera descubierto primero á sus amigos , tambien ellos cayeran en la admiracion en que los demas cayeron , sin ser posible otra cosa : con tal traza y tal orden estaba fabricada .

El primero que se llegó al oido de la cabeza fue el mismo don Antonio , y dijole en voz sumisa , pero no tanto que de todos no fuese entendida : dime , cabeza , por la virtud que en tí se encierra , ¿ qué pensamientos tengo yo ahora ? y la cabeza le respondió sin mover los labios , con voz clara y distinta , de modo que fue de todos entendida , esta razon : yo no juzgo de pensamientos . Oyendo lo cual todos quedaron atónitos y mas viendo que todo el aposento ni al rededor de la mesa no habia persona humana que responder pudiese .

¿ Cuántos estamos aquí ? tornó á preguntar don Antonio , y fuele respondido por el propio tenor , paso : estais tú y tu mujer , con dos amigos tuyos , y dos amigas della , y un caballero famoso , llamado don Quijote de la Mancha , y un su escudero que Sancho Panza tiene por nombre . Aquí si que fue el admirarse de nuevo : aquí si que fue el erizarse los cabellos á todos de puro espanto . Y apartándose don Antonio de la cabeza , dijo : esto me basta para darme á entender que no fui engañado del que te me vendió , cabeza sabia , cabeza habladora , cabeza respondona , y admirable cabeza . Llegue otro y pregúntele lo que quisiere : —

Y como las mujeres de ordinario son presurosas y amigas de saber , la primera que se llegó , fue una de las dos amigas de la mujer de don Antonio , y lo que le preguntó fue : dime , cabeza , ¿ qué haré yo para ser muy hermosa ? y fuele respondido : sé muy honesta . No te pregunto mas , dijo la preguntanta . Llegó luego la compañera y dijo : queria saber , cabeza , si mi marido me quiere bien ó no . Y respondiéronle , mira las obras que te hace , y echarlo has de ver . Apartóse la casada , diciendo : esta respuesta no tenia necesidad de pregunta , porque en efecto las obras que se hacen declaran la voluntad que tiene el que las hace .

Luego llegó uno de los dos amigos de don Antonio , y preguntóle : ¿ quién soy yo ? Y fuele respondido : tú lo sabes . No te pregunto eso , respondió el caballero , sino que me digas , si me conoces tú , Si conozco , le respondieron , que eres don Pedro Noriz . No quiero saber mas , pues esto basta para entender , oh cabeza , que lo sabes todo . Y apartándose , llegó el otro amigo y preguntóle : dime , cabeza ¿ qué deseos tiene mi hijo el mayorazgo ? Ya yo he dicho , le respondieron , que yo no juzgo de deseos ; pero con todo eso te sé decir , que los que tu hijo tiene son de enterrarte . Eso es , dijo el caballero , lo que veo por los ojos , con el dedo lo señalo , y no pregunto mas . Llegóse la mujer de don Antonio , y dijo : yo no sé , cabeza , qué preguntarte ; solo querria saber de ti si gozaré muchos años de mi buen marido . Y respondiéronla : si

(1) Alude este pasaje de Cervantes á lo que habia escrito Avellaneda en el cap. XII. — A.



gozarás, porque su salud y su templanza en el vivir prometen muchos años de vida, la cual muchos suelen acortar por su destemplanza.

Llegóse luego don Quijote y dijo: dime tú el que respondes, ¿fue verdad ó fue sueño lo que yo cuento que me pasó en la cueva de Montesinos? ¿Serán ciertos los azotes de Sancho mi escudero? ¿Tendrá efecto el desencanto de Dulcinea? A lo de la cueva, respondieron, hay mucho que decir, de todo tiene: los azotes de Sancho irán despacio: el desencanto de Dulcinea llegará á debida ejecucion. No quiero saber mas, dijo don Quijote, que como yo vea á Dulcinea desencantada, haré cuenta que vienen de golpe todas las aventuras que acertare á desear.

El último preguntante fue Sancho, y lo que preguntó fue: por ventura, cabeza, ¿tendré otro gobierno? ¿saldré de la estrechez de escudero? ¿volveré á ver á mi mujer y á mis hijos? A lo que le respondieron: gobernarás en tu casa; y si vuelves á ella verás á tu mujer y á tus hijos, y dejando de servir, dejarás de ser escudero. Bueno, par Dios, dijo Sancho Panza: esto yo me lo dijera, no dijera mas el profeta Perogrullo.

Bestia, dijo don Quijote, ¿qué quieres que te respondan? ¿No basta que las respuestas que esta cabeza ha dado correspondan á lo que se le pregunta? Si basta, respondió Sancho; pero quisiera yo que se declarara mas, y me dijera mas.

Con esto se acabaron las preguntas y las respuestas, pero no se acabó la admiracion en que todos quedaron, excepto los dos amigos de don Antonio, que el caso sabian. El cual quiso Cide Hamete Ben-Engeli declarar luego, por no tener suspenso al mundo, creyendo que algun hechicero y extraordinario misterio en la tal cabeza se encerraba, y así dice que don Antonio Moreno, á imitacion de otra cabeza que vió en Madrid fabricada por un estampero, hizo esto en su casa para entretenerse y suspender á los ignorantes, y la fábrica era de esta suerte. La tabla de la mesa era de palo, pintada y barnizada como jaspe, y el pie sobre que se sostenia era de lo mismo, con cuatro harras de águila que dél salian para mayor firmeza del peso. La cabeza, que parecia medalla y figura de emperador romano, y de color de bronce, estaba toda hueca, y ni mas ni menos la tabla de la mesa, en que se encajaba tan justamente, que ninguna señal de juntura se parecia. El pie de la tabla era asimismo hueco, que respondia á la garganta y pechos de la cabeza; y todo esto venia á responder á otro aposento que debajo de la estancia de la cabeza estaba. Por todo este hueco de pie, mesa, garganta y pechos de la medalla y figura referida se encaminaba un cañon de hoja de lata muy justo, que de nadie podia ser visto. En el aposento de abajo, correspondiente al de arriba, se ponía el que habia de responder, pegada la boca con el mismo cañon, de modo que á modo de cerbatana iba la voz de arriba abajo, y de abajo arriba, en palabras articuladas y claras, y desta manera no era posible conocer el embuste. Un sobrino de don Antonio, estudiante agudo y discreto, fue el respondiente, el cual estando avisado de su señor tío de los que habian de entrar con él en aquel dia en el aposento de la cabeza, le fue fácil responder con presteza y puntualidad á la primera pregunta: á las demas respondió por conjeturas, y como discreto discretamente. Y dice mas Cide Hamete, que hasta diez ó doce dias duró esta maravillosa máquina; pero que divulgándose por la ciudad que don Antonio tenia en su casa una cabeza encantada, que á cuantos le preguntaban respondia, temiendo no llegase á los oidos de las despiertas centinelas de nuestra fe, habiendo declarado el caso á los señores inquisidores, le mandaron que la deshiciese, y no pasase mas adelante, porque el vulgo ignorante no se escandalizase. Pero en la opinion de don Quijote y de Sancho Panza la cabeza quedó por encantada y por respondona, mas á satisfaccion de don Quijote que de Sancho (1).

(1) Estas cabezas, estatuas ó simulacros fatales ó fatídicos, se usaron en varios tiempos, y se tenían vulgarmente por obra de la magia. —P.



Los caballeros de la ciudad por complacer á don Antonio, y por agasajar á don Quijote, y dar lugar á que descubriese sus sandeces, ordenaron de correr sortija de allí á seis dias, que no tuvo efecto por la ocasion que se dirá adelante. Dióle gana á don Quijote de pasear la ciudad á la llana y á pie, temiendo que si iba á caballo le habian de perseguir los muchachos, y así él y Sancho con otros dos criados que don Antonio le dió, salieron á pasearse. Sucedió pues que yendo por una calle, alzó los ojos don Quijote, y vió escrito sobre una puerta con letras muy grandes: *Aquí se imprimen libros*; de lo que se contentó mucho, porque hasta entonces no habia visto emprenta alguna, y deseaba saber como fuese.

Entró dentro con todo su acompañamiento, y vió tirar en una parte, corregir en otra, componer en esta, enmendar en aquella, y finalmente toda aquella máquina que en las emprentas grandes se muestra. Llegábase don Quijote á un cajon, y preguntaba qué era aquello que allí se hacia; dábanle cuenta los oficiales, admirábase, y pasaba adelante. Llegó en otras á uno y preguntóle, ¿qué era lo que hacia? El oficial le respondió: señor, este caballero que aqui está (y señaló á un hombre de muy buen talle y parecer y de alguna gravedad) ha traducido un libro toscano en nuestra lengua castellana, y estále yo componiendo para darle á la estampa. ¿Qué título tiene el libro? preguntó don Quijote. A lo que el autor respondió: señor, el libro en toscano se llama *Le bagatelle*. ¿Y qué responde *Le bagatelle* en nuestro castellano? preguntó don Quijote. *Le bagatelle*, dijo el autor, es como si en castellano dijésemos *los juguetes*; y aunque este libro es en el nombre humilde, contiene y encierra en sí cosas muy buenas y sustanciales. Yo, dijo don Quijote, sé algun tanto del toscano, y me precio de cantar algunas estancias del Ariosto. Pero dígame vuesa merced, señor mio (y no digo esto porque quiero examinar el ingenio de vuesa merced, sino por curiosidad no mas) ¿ha hallado en su escritura alguna vez nombrar *pignata*? Sí, muchas veces, respondió el autor. ¿Y como la traduce vuesa merced en castellano? preguntó don Quijote. ¿Como la habia de traducir, replicó el autor, sino diciendo *olla*? ¿Cuerpo de tal, dijo don Quijote, y qué adelante está vuesa merced en el toscano idioma! Yo apostaré una buena apuesta que adende diga en el toscano *piace*, dice vuesa merced en el castellano *place*, y adonde diga *più*, dice *mas*, y el *su* declara con *arriba*, y el *giu* con *abajo*. Si declaro por cierto, dijo el autor, porque esas son sus propias correspondencias (1). Osaré yo jurar, dijo don Quijote, que no es vuesa merced conocido en el mundo, enemigo siempre de premiar los floridos ingenios, y los loables trabajos. ¿Qué de habilidades hay perdidas por abí! ¿qué de ingenios arrinconados! ¿qué de virtudes menospreciadas! Pero con todo esto me parece que el traducir de una lengua en otra, como no sea de las reinas de las lenguas griega y latina, es como quien mira los tapices flamencos por el revers, que aunque se ven las figuras, son llenas de hilos que las escurecen, y no se ven con la lisura y tez de la haz (2); y el traducir de lenguas fáciles, ni arguye ingenio ni elocucion, como no le arguye el que traslada, ni el que copia un papel de otro papel; y no por esto quiero inferir que no sea loable este ejercicio del traducir, porque en otras cosas peores se podría ocupar el hombre, y que menos provecho le trujesen. Fuera desta cuenta van los dos famosos traductores, el uno el doctor Cristóbal de Figueroa en su *Pas-*

(1) Cervantes trata de criticar en este pasaje la ocupacion frecuente de varios llamados literatos, que hacian traducciones italianas, como ahora las hacen francesas, emporcando y alterando nuestro idioma con frases y modismos rídiculos. La cualidad de malos traductores y de malos hablantes castellanos que tienen ciertos individuos, no ha sido obstáculo para ser aún todos en la Academia Española. — MARTINEZ DEL RÍO.

(2) El primero que usó de esta comparacion tan propia, parece fue don Diego de Mendoza, citado por don Esteban Manuel de Villegas en el prólogo de su traduccion de *Boecio*: despues de don Diego la usó Luis Zapata en el de su traduccion del *Arte poética* de Horacio, impresa año de 1591, donde dice que «son los libros traducidos tapiceria del reves, que está allí la trama, la materia, y las formas, colores y figuras, como madera y piedras por librar, faltas de lustre y de pulimento;» y en que añade «que las obras traducidas son como los faragidos que se pasan á otros reinos, que raro hacen fortuna.» — P.



tor *Fido* (1), y el otro don Juan de Jáuregui en su *Aminta* (2), donde felizmente ponen en duda cual es la traduccion, ó cual el original. Pero dígame vuesa merced, ¿este libro imprímese por su cuenta, ó tiene ya vendido el privilegio á algun librero? Por mi cuenta lo imprimo, respondió el autor, y pienso ganar mil ducados por lo menos con esta primera impresion, que ha de ser de dos mil cuerpos, y se han de despachar á seis reales cada uno en daca las pajas. Bien está vuesa merced en la cuenta, respondió don Quijote: bien parece que no sabe las entradas y salidas de los impresores, y las correspondencias que hay de unos á otros. Yo le prometo que cuando se vea cargado de dos mil cuerpos de libros, vea tan molido su cuerpo, que se espante, y mas si el libro es un poco avieso y no nada picante. ¿Pues qué, dijo el autor, quiere vuesa merced que se lo dé á un librero, que me dé por el privilegio tres maravedis, y aun piensa que me hace merced en dármelos? Yo no imprimo mis libros para alcanzar fama en el mundo, que ya en él soy conocido por mis obras; provecho quiero, que sin él no vale un cuatrin la buena fama. Dios le dé á vuesa merced buena manderecha, respondió don Quijote, y pasó adelante á otro cajon, donde vió que estaban corrigiendo un pliego de un libro que se intitulaba *Luz del alma*, y en viéndole dijo: estos tales libros, aunque hay muchos deste género, son los que se deben imprimir, porque son muchos los pecadores que se usan, y son menester infinitas luces para tantos deslumbrados. Pasó adelante, y vió que asimismo estaban corrigiendo otro libro, y preguntando su título, le respondieron que se llamaba *la segunda parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, compuesto por un tal vecino de Tordesillas. Ya yo tengo noticia deste libro, dijo don Quijote; y en verdad y en mi conciencia que pensé que ya estaba quemado y hecho polvo por impertinente; pero su san Martín (3) se le llegará como á cada puerco: que las historias fingidas tanto tienen de buenas y de deleitables, quanto se llegan á la verdad ó á la semejanza della, y las verdaderas tanto son mejores, quanto son mas verdaderas: y diciendo esto, con muestras de algun despecho se salió de la imprenta, y aquel mismo dia ordenó don Antonio de llevarle á ver las galeras que en la playa estaban, de que Sancho se regocijó mucho, á causa que en su vida las habia visto. Avisó don Antonio al cuatralvo (4) de las galeras como aquella tarde habia de llevar á verlas á su huésped, el famoso don Quijote de la Mancha, de quien ya el cuatralvo y todos los vecinos de la ciudad tenían noticia, y lo que le sucedió en ellas se dirá en el siguiente capitulo.

(1) Cuya traduccion se imprimió con este título: *El Pastor fido: Tragicomedia pastoral de Juan Bautista Guarini*. Valencia, 1609; 8. Este doctor fue natural de Valladolid y auditor de nuestras tropas en Italia. — P.

(2) Don Juan de Jáuregui fue un caballero sevillano, no menos poeta que pintor insigne, cuya arte profesaba por afición, y de que se servía para retratar á sus amigos, y á otros; como lo hizo con Miguel de Cervantes, segun dice este en el prólogo de sus novelas. Su traduccion se intitula así: *El Aminta, comedia pastoril de Torcuato Taso*. Sevilla, 1618. — P.

(3) Esto es, su fin, ó su muerte, con alusion al refran castellano que dice que *á cada puerco le llega su san Martín*; porque por este tiempo, que es en invierno, y hácia el día en que se celebra la festividad de este santo, se suelen matar en Castilla los puercos que crian en sus casas los particulares para su gasto. — Arr.

(4) Cuatralvo, era el jefe ó comandante de cuatro galeras. El cuatralvo á que se refiere Cervantes era don Luis Coloma, conde de Elda; aunque otros le llaman don Francisco.

